

PROLOGO DE UN LIBRO<sup>(1)</sup>

El autor de la presente traducción es un joven, bachiller en letras y filosofía, alumno del Seminario de Bogotá y actualmente estudiante de ciencias eclesiásticas. Procede de familia cristiana a carta cabal por una y otra línea, y cuenta en su ascendencia cultivadores meritorios de la literatura y el derecho, y educadores y apologistas católicos insignes. Conoce el idioma francés a maravilla, por haberlo estudiado teóricamente en Bogotá y prácticamente en París, y la lengua castellana, no sólo por ser la suya nativa, sino por fructuosas lecturas de los buenos autores antiguos y modernos. La prosa de nuestro joven amigo, y si Dios quiere, futuro discípulo, aunque limpia y correcta, no sobresale todavía por lo rico y elegante, dotes que con el tiempo y el estudio se adquieren, pero sí por lo fácil y garboso, prendas que no se logran con esfuerzo y constancia, y cuya falta no suplen, antes bien acrecientan, la lima y la esponja, manejadas por propias o por ajenas manos.

Habíamos ya tenido ocasión de señalar estas condiciones en alguna nota bibliográfica sobre la versión, hecha por la misma pluma del libro *La tierra de Jesús*, nota inserta en la REVISTA DEL COLEGIO DEL ROSARIO.

Pasando del traductor al autor del libro, quien lo haya a las manos leerá con deleite el prólogo de Teodoro de Wyzewa, y sabrá sobre el particular mucho más de lo que pudiéramos decirle. Limitémonos, en vez de juzgar la obra, encomiada por literatos europeos, a transmitir al lector la impresión que ha producido la *Vida de San Francisco* en nuestro espíritu.

(1) *Johanes Jergensen, SAN FRANCISCO DE ASÍS, SU VIDA Y SU OBRA*, traducido del danés al francés por Teodoro de Wyzewa, y del francés al castellano, por Luis Concha Córdoba. Un volumen en 8.º, de 600 páginas, *Librería Americana*, Bogotá, 1912.

La *hagiografía*, o sea la biografía de los santos, es rama de la historia muy interesante para el cristiano y para el psicólogo. Halla el creyente en las vidas de los servidores de Dios las enseñanzas del Evangelio en acción, confirmadas con ejemplos, no de Jesucristo, santidad infinita, sino de hombres limitados, concebidos en culpa, sujetos a las debilidades y luchas terrenales. El psicólogo encuentra las potencias humanas llevadas al grado máximo de actividad, y con equilibrio casi perfecto de las unas con las otras. Los grandes hombres, según el mundo, son magos en las cualidades y en los defectos, extraordinarios en la excelcitud y en la pequeñez. No así los santos.

Este linaje de estudios ha adquirido notable desarrollo de un siglo acá. Se ha aplicado a la historia de los bienaventurados el rígido proceso de la crítica sabia; se ha procurado estudiar simultánea y armónicamente el aspecto sobrenatural y el natural del personaje, y darle a la narración, sin detrimento de la verdad más nimia, el interés dramático, reservado antes a las historias profanas.

En los últimos años se ha despertado peculiar interés por la vida de San Francisco de Asís. Hombres piadosos y personas mundanas, católicos y heterodoxos han dedicado tiempo, estudios, talentos a la radiosa figura que ilumina el siglo XIII con el esplendor de sus virtudes. Parécenos hallar en esto una revelación de los secretos anhelos de nuestra época, cansada de prosperidad material; imaginamos que son los primeros albores de un amanecer del espíritu. ¿Por qué el siglo de las riquezas, del egoísmo, del placer se interesa por el mendigo de Asís, por el enemigo de su propia dicha terrena, por el portento de la penitencia? ¿Cómo la edad que ha profanado sin escrúpulo la nativa hermosura de la virgen naturaleza en provecho de la industria, admira al amante apasionado de las aves y de las flores, del sol y de la escarcha?

No cualquier hombre de talento histórico y literario va acertando a escribir las biografías de los santos. Viven

ellos una vida sobrenatural que es misterio insondable al pecador, al mundano, y mucho más al hereje o al incrédulo. Algo como la luz y los colores para el ciego de nacimiento. Por eso las historias de San Francisco escritas por plumas profanas, producen la impresión de lo contrahecho y postizo. La peor de las falsificaciones es la falsificación de la mística.

Un día Santo Tomás de Aquino fué a visitar a San Buenaventura. Dijéronle que estaba escribiendo la vida de su seráfico fundador y maestro. Y el autor de *Summa* se retiró diciendo: *Sinite sanctum pro sanctum laborare*. Dejád a un santo que trabaje por otro santo.

Johannes Jørgensen, autor del presente libro, era un neófito cuando lo escribió; acababa de salir de la herejía y de las vanidades terrenas. Aún no había probado sino la leche, que es alimento de párvulos; su alma no había penetrado al *secreto seguro deleitoso*, pero ya moraba dentro del vestíbulo del regio alcázar. Estaba gustando aquella dulce-dumbre que Dios otorga a los recién convertidos para aficionarlos a los bienes verdaderos. Y no se olvide que la contemplación de Asís y del Alvernia y de la Porciúncula, y la presencia invisible del santo en aquellos lugares, fueron parte principal a la iluminación y mudanza del insigne escritor. Además, Jørgensen no escribió con fines mundanos: por vanidad literaria, o por esclarecer la historia de un hombre y una época; sino por celo religioso, por amor a San Francisco, por hacer a muchos de sus prójimos partícipes de su propia dicha.

Esta obra se lee con placer y con fruto; presenta al Seráfico Padre bajo nuevos aspectos; el estilo no cansa ni un momento, y el interés va creciendo a cada página.

En algunos pasajes se siente todavía la inseguridad de juicio del recién convertido; pero eso no daña, antes agrada; como ciertas palabras que aún balbucen los niños al llegar al uso de la razón, y que vienen a ser el último residuo de la infancia. En el capítulo iv del cuarto libro, por

ejemplo, afirma que “hay un pasaje de las escrituras de San Francisco en que su concepción tiene un carácter casi budista.” Dice el Santo que la obediencia hace al hombre sumiso aun a los animales domésticos y salvajes para que puedan tratarlo según el poder que Dios les ha concedido. Y nuestro autor agrega: “Lo cual incontestablemente recuerda aquellos discípulos de Sakya-Muni que se dejaron despedazar por los tigres, primero que resistir al mal.”

El consejo franciscano y el hecho budista se parecen por de fuera, como el cuadrumano se asemeja al hombre; pero hay un abismo entre ellos. El cristiano *puede* no resistir a los agentes naturales, viendo en ellos la mano de Dios, que no los desvía de nosotros. El budista *debe* ceder en todo caso, porque los tigres son parte del gran todo, son encarnación de Dios, son Dios mismo.

San Francisco de Asís y su doctrina salvaron al mundo en el siglo xviii; San Francisco y su doctrina pueden salvar al mundo en el siglo xx.

R. M. CARRASQUILLA

Febrero de 1913.

## Conferencia escolar

### JESÚS EN NAZARET

Estamos en Nazaret, hijos míos, estamos en santa y divina compañía: quedémonos aquí. Quisiera primero trasladaros a aquella casita de la Sagrada Familia. No he estado, es cierto, en Nazaret, ni he tenido la suerte, como otros, de besar aquellos lugares donde ha sentado su planta el Hijo de Dios. Pero, si no he visto la gruta cavada en la montaña y que sirvió de taller a AQUEL que fue el Creador de todas las cosas, he visto, sí, la desmantelada habitación que sirvió de asilo a la augusta Familia del Hijo de Dios, y fue el primer templo honrado con la presencia divina.